

LOLA CAPARRÓS MASEGOSA. *La pintura almeriense durante la época de la Restauración: 1875-1931*. Granada: Universidad, 1997. 471 pp. y 34 ils.

Con el número 40 de la *Colección Monográfica Arte y Arqueología* que dirigen Ignacio Henares Cuéllar y Fernando Molina González y que publica la Editorial Universidad de Granada, aparece este extenso, pormenorizado y riguroso estudio realizado por Lola Caparrós Masegosa sobre *La pintura almeriense durante la época de la Restauración: 1875-1931*, que tuvo su origen en un trabajo de investigación que con el título *La pintura almeriense (1875-1936)* se presentó como tesis doctoral de su autora en la Universidad de Granada.

El libro, tras un *Prólogo* y la *Introducción*, se articula fundamentalmente en ocho capítulos que en base a su metodología se pueden dividir en dos grupos. Los tres primeros están destinados a estudiar los planteamientos generales de la pintura producida en Almería a caballo entre los siglos XIX y XX, en una aproximación escalonada en tres planos que arranca de la amplia panorámica del capítulo primero dedicado a *Almería durante la época de la Restauración*, para ajustar más el encuadre en el segundo sobre *La producción artística en la ciudad*, y concluir en el tercero centrado en el objeto científico principal del trabajo: *El realismo en la pintura almeriense*.

Realizado el estudio general, los cinco capítulos restantes se destinan con carácter monográfico a profundizar en el conocimiento de cada una de las cinco personalidades más importantes de esa pintura almeriense del cambio de siglo: *José Díaz Molina*, *Carlos López Redondo*, *Antonio Badmar Iribarne*, *Miguel Salmerón Pellón* y *José Moncada Calvache*.

La obra se completa con la *Bibliografía*, las *Fuentes* y una serie de ilustraciones, la mayoría en color (31 de las 34), que se agrupan al final del texto, reproduciendo en fotografías un muestrario de obras relevantes de estos cinco artistas, lógicamente pinturas, aunque en el caso de Miguel Salmerón Pellón se incluyen también imágenes de sus creaciones en el campo del diseño gráfico, como carteles, portadas, etc. Entre las ilustraciones destaca el retrato del insigne político almeriense Nicolás Salmerón realizado por José Díaz Molina, que además se reproduce en la cubierta.

Pero ajustándonos a lo que aquí es primordial, es decir, al contenido del libro, éste se organiza, como ya hemos adelantado, en niveles sucesivos que arrancan de una panorámica general para ir poco a poco centrándose en los aspectos artísticos fundamentales y terminar pormenorizando la personalidad creativa de los artistas más destacados y analizando su producción más sobresaliente.

El primer nivel que establece Lola Caparrós Masegosa es el de situar la pintura objeto de estudio dentro del ambiente histórico en el que se produce, dando a conocer a grandes rasgos la situación demográfica, social y urbana de aquella Almería encabalgada entre dos siglos, con sus esperanzas e ilusiones, pero también con sus frustraciones y desencantos.

Fijado sólidamente este nivel básico de referencia se pasa al segundo centrado en recrear el ambiente artístico de Almería entre decimonónica y novecentista, con sus centros de enseñanza enfocados a las artes plásticas, la Academia de Dibujo y la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos, y aquellos otros elementos que Lola Caparrós Masegosa denomina aquí y en otras publicaciones «mecanismos de promoción de la actividad artística», con instituciones como el Ayuntamiento, la Diputación Provincial o el Círculo Mercantil, y acontecimientos como las exposiciones, los concursos, etc.

Este nivel se completa con el análisis de un movimiento pictórico que domina la creación plástica de la época, y de manera muy especial la pintura almeriense del momento: el realismo.

En este ambiente surge un considerable número de artistas que, con postulados diversos, constituyen la extensa nómina de pintores almerienses que trabajan en un período en el que esta actividad

creativa era verdadera protagonista cultural y máxima expresión artística. Un conjunto de pintores reseñados individualmente de forma sumaria pero rigurosa sobre los cuales sobresalen los cinco protagonistas de esta historia.

El tercer nivel, efectivamente, está ocupado por los cinco personajes que Lola Caparrós Masegosa, después de un minucioso estudio histórico y crítico, ha considerado fundamentales, aquellos que centran el interés del libro, en los que se puede sintetizar la producción pictórica más sobresaliente del tiempo y lugar que en este caso se han historiado: José Díaz Molina, Carlos López Redondo, Antonio Bedmar Iribarne, Miguel Salmerón Pellón y José Moneada Calvache.

Son personalidades que aparecen en este trabajo perfectamente estudiadas, figuras certeramente retratadas, no sólo en su aspecto personal, sino en lo que es mucho más importante para nosotros, en sus diferentes contribuciones a la historia de la pintura en nuestro país, a la producción plástica almeriense y con ello a la configuración del patrimonio artístico de Almería.

Tres de estos cinco pintores habían nacido en o muy poco después de 1860, pudiéndose por ello considerar los máximos exponentes de la generación de los sesenta: el patriarca José Díaz Molina natural de Gádor, el almeriense de adopción Carlos López Redondo y el de nacimiento Antonio Bedmar Iribarne.

Estos tres pintores se formaron en los primeros años de la Restauración, en el ambiente del academicismo y del realismo imperantes, y acabaron convirtiéndose en los representantes en Almería de esa pintura del mejor hacer ochocentista, recia, bien realizada, con oficio, básicamente realista, a veces algo influenciada por planteamientos de importación impresionistas, por fenómenos llamativos como el modernismo o por corrientes autóctonas costumbristas y regionalistas.

Son tres artistas que presentan además facetas diversas y distinto reconocimiento por la crítica artística de su época. De ellos es José Díaz Molina el que inicia su carrera de forma más ortodoxa con la obligada estancia en Roma, para concluir la como parecía también lo deseable en Madrid con un sólido prestigio de retratista, avalado por numerosos encargos institucionales y cuadros de personalidades sobresalientes de la vida nacional, que alcanzan hasta la propia figura del monarca Alfonso XIII.

Una trayectoria en cierto modo inversa tiene Carlos López Redondo. De nacimiento y formación madrileña acaba asentándose en Almería como catedrático de dibujo de la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos, desarrollando una fecunda labor docente y una importante contribución artística a esta ciudad durante los 26 años cruciales de su carrera, dedicados a una pintura realista que desde los temas sociales o regionalistas evocaba las técnicas impresionistas o los fulgores modernistas, hasta su definitivo regreso a Madrid.

Esta polaridad entre Almería y Madrid se produce también en el tercer miembro de la generación: Antonio Bedmar Iribarne, formado en parte en Madrid, donde estuvo pensionado, pero pronto volvió para afincarse definitivamente en su Almería natal, haciendo compatible una desigual trayectoria docente con una larga carrera artística de variada temática y base realista «totalmente volcada con su tierra».

Los dos pintores restantes, Miguel Salmerón Pellón natural de Berja y José Moncada Calvache nacido como Antonio Bedmar Iribarne en la propia capital, podíamos incluirlos en una generación más tardía, la generación de los noventa. Son los legítimos herederos del realismo ochocentista que se dedican a prolongar, pero en dos alternativas que son como dos premoniciones de lo que será la pintura de Almería durante el siglo XX. La representada por Miguel Salmerón Pellón, el primer pintor almeriense que muestra su interés por las nuevas soluciones plásticas y por otros comportamientos artísticos, y José Moncada Calvache que significa la tradición, la pervivencia estricta de la pintura realista.

Miguel Salmerón Pellón es, para dar mayor diversidad a este variopinto y a la vez representativo quinteto, un autodidacta que se formó en su Berja natal sobre todo gracias a la imagen impresa de las revistas ilustradas, algo que evidentemente marcaría su carrera hacia el diseño gráfico y que le permitió triunfar en Madrid convirtiéndose en «una valiosísima esperanza del arte de la ilustración española», como lo calificó Bernardino de Pantorba.

José Moncada Calvache se forma como pintor en su ciudad natal, aunque la intención de dedicarse exclusivamente a la pintura le obligará a vivir largas temporadas primero en Madrid y luego en Barcelona, creando paisajes y sobre todo bodegones que son en algunos casos verdaderos símbolos de Almería. Su carrera como pintor se desarrolla en el absoluto convencimiento de que el realismo es la única vía posible y como consecuencia totalmente ajeno a los profundos cambios que la pintura experimenta en el transcurrir del siglo XX. Su larga vida le dará la oportunidad de conocer otras generaciones de pintores como el Movimiento Indaliano promovido por Jesús de Perceval, pero su estética realista se mantendrá inmutable, llegando personalmente incluso a sobrevivir a la crisis de las vanguardias y al relanzamiento del realismo, y muriendo cuando este estudio ya se había iniciado.

En definitiva, cinco completas biografías que sintetizan en sus diferentes facetas los aspectos esenciales de lo mejor de la pintura almeriense entre 1875 y 1931.

Es seguro que este libro contribuirá de forma muy importante al conocimiento y valoración de un pasado especialmente relevante de la cultura artística de Almería. Su publicación por la editorial Universidad de Granada, con la colaboración del grupo de investigación *Metodología y documentación para el estudio del patrimonio artístico de Andalucía*, es algo que hace justicia a un trabajo que por su calidad e interés así lo exigía; José Díaz Molina, Carlos López Redondo, Antonio Bedmar Iribarne, Miguel Salmerón Pellón y José Moncada Calvache lo merecían, y Almería, por supuesto, también.

EMILIO ÁNGEL VILLANUEVA MUÑOZ

Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.

SALVADOR GALLEGO ARANDA. *Enrique Nieto en Melilla: la ciudad proyectada*. Granada: Universidad; Melilla: Centro Asociado de la U.N.E.D., 1996. 579 pp. y 56 ils.

Este libro tiene por objeto el notable patrimonio arquitectónico que identifica la Melilla moderna y como toda Historia de la arquitectura, cuando este saber crítico logra sus objetivos, permite un más que exacto conocimiento de los procesos sociales y productivos, de las ilusiones colectivas, de las utopías y de los modelos de representación de la realidad que conformaron la ciudad moderna. Su autor, sin ocultar lo que constituye una encomiable y viva forma de la pasión personal, ha seguido sin ninguna suerte de concesión una doble vía, la exigente indagación documental y la más profunda crítica arquitectónica. Resultado de la primera ha sido un exacto conocimiento de las circunstancias del nacimiento del principal, pero no único, protagonista de la proyección de la ciudad, don Enrique Nieto. No es el menor mérito de esta obra el haber sacado la biografía del arquitecto contemporáneo del aura legendaria; al dotarla de perfiles críticos e identificar sus proyectos su imagen histórica no ha sufrido desdoro alguno, y si, en cambio, ha alcanzado la que sin duda puede ser prácticamente su definitiva valoración.

La iluminación del proceso social y constructivo ha creado una trama histórica, cuya objetividad, que substituye a la mítica y querida idea del hombre que hizo una ciudad modernista, proporciona un imprescindible contexto social al quehacer de Nieto, precisa su evolución, y hace emerger la